

ACCEP
Associació Catalana per a la Clínica i
l'Ensenyament de la Psicoanàlisi

CURSO 2012-2013

LA TOPICA DE LO IMAGINARIO
EN EL SEMINARIO 1
DE LACAN

Isabel Garcia Rolanía

Tutora: Ana Martínez Westerhausen

Como trabajo de primer curso presento un resumen de lo que de una lectura detallada del apartado "La Topica de lo Imaginario", del Seminario 1 de Lacan, he podido captar y apuntar como conceptos a clarificar y ampliar en próximas lecturas y trabajos.

LA TOPICA DE LO IMAGINARIO

Capítulo VII. La tónica de lo imaginario

¿Cómo se articula lo simbólico y lo imaginario en la constitución de lo real (realidad)?

Veremos el modelo óptico para estudiar el estadio del espejo: que tiene como función revelar algunas de las relaciones del sujeto con su imagen en tanto Urbild (construcción) del yo.

Para que haya óptica es necesario que a cada punto dado en el espacio real le corresponda un punto, y sólo uno, en otro espacio que es el espacio imaginario.

En el estadio del espejo hay objetos, imágenes reales (producidas por el reflejo en una superficie esférica: la imagen se ve donde ella está) e imágenes virtuales (formadas por reflejo en un espejo: se ve allí donde no está). Estas imágenes se ven si el ojo y las imágenes están en el campo adecuado (mundo simbólico, de la palabra).

En el origen del sujeto, antes del nacimiento del yo, suponemos todos los objetos, instintos, deseos, tendencias, etc La realidad pura y simple, que en nada se delimita, que no puede ser aún objeto de definición; que no es ni buena ni mala, sino a la vez caótica y absoluta, originaria.

En esta situación:

1. El dominio del yo primitivo se produce por distinción respecto al mundo exterior, por procesos de exclusión y de proyección. Por eso para explicar la formación del yo se utilizan los términos de continente y contenido.

El plano de la proyección, pertenece a la función del ego, y es el juego de las inclusiones imaginarias de objetos reales, o bien, de las capturas en el interior de un ámbito real de objetos imaginarios.

2. Aquí es donde la imagen del cuerpo ofrece al sujeto la primera forma que le permite ubicar lo que es y lo que no es del yo (ideal del yo). La sola visión de la forma total del cuerpo humano brinda al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto al dominio real. Esta formación (el imaginario, el yo) se desvincula así del proceso mismo de la maduración. El sujeto anticipa la culminación del dominio psicológico, y esta anticipación dará su estilo al ejercicio ulterior del dominio motor efectivo.

En la relación entre imaginario y real, y en la constitución del mundo que de ella resulta, todo depende de la situación del sujeto, que está caracterizada por su lugar en el mundo simbólico, del que depende la estructura del sujeto.

La introyección pertenece a la función del superyó y es siempre introyección de la palabra del otro, es una introyección secundaria respecto a la función del ego ideal.

En el caso Dick, las simbolizaciones introducidas por M. Klein permiten al niño hacer jugar lo imaginario y lo real, y conquistar así su desarrollo: la aparición del ego.

Capítulo VIII. Función y funcionamiento de lo imaginario.

Después de haber visto la importancia de la función simbólica, o función de la palabra, para comprender la experiencia analítica, trataremos del amor de transferencia, núcleo de la función de lo imaginario, para entender lo que se maneja en la experiencia analítica.

El mundo imaginario posibilita establecer una relación efectiva con los objetos en tanto estructuras.

La distinción esencial que debe efectuarse entre neurosis y psicosis, en cuanto al funcionamiento de lo imaginario:

- el neurótico igual que el psicótico pierde su relación con la realidad pero
- el neurótico no ha roto su relación erótica con las personas y las cosas. Han sustituido los objetos reales por otros imaginarios basados en recuerdos o han mezclado ambos y, por otro lado, han renunciado a realizar los actos motores necesarios para la consecución de sus fines con tales objetos. Sólo a este estado lo podemos llamar "introversión" de la libido.
- El parafrénico parece haber retirado realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, sin haberlas sustituido por otras en sus fantasmas, lo que significa que recrea ese mundo imaginativo. Cuando encontramos esta sustitución corresponde a una tentativa de curación.

Caso "Roberto" de Rosine Lefort.

Parece que el niño ha caído bajo el efecto de lo real, que al principio no había en él ninguna función simbólica, y menos, función imaginaria. Había una síntesis de lo imaginario y lo real: alucinación.

Este niño había permanecido siempre en el estado en el que los fantasmas eran realidad. Esto explica que sus fantasmas de construcción intrauterina hayan sido realidad en el tratamiento, y que haya podido hacer una asombrosa construcción. Si hubiera estado más allá de ese estadio, no se hubiera podido obtener esa construcción de sí mismo.

Para ello el niño pasó por diferentes fases:

- diferenciación entre continente y contenido

- proyección fuera de él del mal (estadio sádico-oral) y recuperación de la memoria
- regresión intrauterina: construcción de su cuerpo:
 - ser el contenido de la analista y, para ello, asegurarse de su posesión, de su futuro continente
 - construcción oral: relación simbiótica madre-hijo

La expresión ¡El lobo! nos lleva a pensar en la diferencia entre el superyó, en el determinismo de la represión, y el ideal del yo:

- el ideal del yo exaltante
- el superyó es coercitivo. Se sitúa esencialmente en el plano simbólico de la palabra, a diferencia del ideal del yo. El superyó es un imperativo, es coherente con el registro y la noción de ley, con el conjunto del sistema del lenguaje. Por otra parte, tiene un carácter insensato, ciego, de puro imperativo, tiranía.

El superyó tiene relación con la ley, pero es a la vez una ley insensata, que llega a ser el desconocimiento de la ley. Es simultáneamente la ley y su destrucción. Es la palabra misma, el mandamiento de la ley: "Tú debes". Por lo que acaba por identificarse sólo a lo más devastador, a lo más fascinante de las primitivas experiencias del sujeto. Acaba por identificarse a la "figura feroz", figuras vinculadas con los traumatismos primitivos que el niño haya sufrido.

Percibimos encarnada en esta expresión, el lobo, esta función del lenguaje, el superyó, que lo enlaza a la comunidad humana.

Es en torno a este pivote del lenguaje, a la relación con esa palabra, que para Roberto resume una ley, donde se produce el giro de la primera a la segunda fase.

Este niño sólo vive lo real. La palabra alucinación significa ese sentimiento de realidad. En la alucinación hay algo que el paciente asume, verdaderamente, como real.

Vemos jugar el sistema continente-contenido que está en el primer plano de la significación que doy al estadio del espejo. El niño actúa con la función mítica del continente y cómo podrá soportarlo vacío sólo al final. Poder soportar su vacuidad es identificarlo finalmente como un objeto propiamente humano; un instrumento, capaz de ser separado de su función. Esto es esencial.

Al principio, ¡El lobo! No es él ni ningún otro, es la palabra reducida a su médula, es cualquier cosa en tanto puede ser nombrada, es el estado nodal de la palabra. El yo es aquí completamente caótico, la palabra está detenida. A partir de ¡El lobo! podrá ocupar su lugar y construirse.

Pero a la hora de establecer un diagnóstico, nos encontramos ante un retraso en el plano de lo imaginario, en el plano del yo como función imaginaria. Son manifestaciones de las fallas de las funciones de síntesis del yo: el comportamiento motor del niño (perturbaciones de la noción de distancia: volver a empezar desde el principio cuando falla un gesto de coger un objeto), la ausencia de atención, la agitación inarticulada y los problemas para dormir y soñar.

Por eso la importancia de este caso: por la relación entre la maduración estrictamente sensoriomotriz y las funciones del dominio imaginario en el sujeto. Según como pensemos la esquizofrenia incluiremos este caso en ese marco o no. Lo que no cabe duda, es que se trata de fenómenos que pueden culminar en una psicosis.

Capítulo IX. Sobre el narcisismo.

Para comprender lo que hacemos cuando intervenimos en el análisis, mediante la interpretación, conviene partir de lo simbólico.

Pero, aunque la palabra puede expresar el ser del sujeto, hasta cierto punto, nunca lo logra; pues quedan todos esos afectos, esas referencias imaginarias evocadas cuando quiere definirse la acción de la transferencia en la experiencia analítica.

La experiencia analítica convoca a la palabra plena, que es la palabra que hace acto. Tras su emergencia uno de los sujetos ya no es el que era antes. Con nuestro método muchas cosas se ordenan y esclarecen pero también surgen paradojas y contradicciones. Es en la antinomia, en la hiancia, en la dificultad donde encontramos la posibilidad de transparencia. Facilita al sujeto el retorno a la vía de lo que, en la palabra, está por debajo del nivel del reconocimiento y que concierne al tercero, el objeto.

El sujeto es invitado a entregarse sin reservas a este sistema. Pero no progresa siguiendo la vía del adoctrinamiento. La experiencia demostró que lo eficaz estaba en la acción de la transferencia.

La transferencia es, en su esencia el acto de la palabra. Esta función debe situarse en el plano imaginario.

La fuente de la eficacia terapéutica se puede situar en las relaciones entre analizado y analista: en el plano del yo y el no-yo, es decir, en el plano de la economía narcisista del sujeto.

La transferencia interviene a la vez en varios registros: el simbólico, el imaginario y en el real.

Para Freud, existe una relación entre una cosa x, que ha sucedido en el plano de la libido, y la decalectización (proceso por el que se desliga una cantidad de energía mental) del mundo exterior característica de las formas de demencia precoz.

Para entenderlo, nos remitimos a *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, donde se encuentra la noción de autoerotismo primordial.

El autoerotismo primordial es una libido que constituye los objetos de interés y que se distribuye. El progreso instintual del sujeto, y su elaboración del mundo en función de su propia estructura instintual, se realizará a partir del momento en que el sujeto emite sus cargas libidinales.

Esta concepción de la libido cobra sentido cuando se refiere a la función del deseo, al registro sexual. Y se separa de todo lo que se refiere a las relaciones del yo y del mundo exterior, es decir, del conjunto de las funciones de conservación del individuo: nutrición, hambre, etc

Pero los casos de esquizofrenia nos hacen cuestionar este planteamiento porque ocurre algo que perturba totalmente las relaciones del sujeto con lo real. Y se plantea el problema de la carga libidinal en las psicosis.

Por eso Freud utiliza nociones ambiguas que hacen difícil distinguir la libido sexual de la idea freudiana de un autoerotismo primordial (libido egoísta) a partir del que se constituirían progresivamente los objetos.

Los problemas de Freud para distinguir estos dos términos conservando la idea de su equivalencia energética es lo que le lleva a concebir el narcisismo como un proceso secundario. Una unidad comparable al yo no existe en el origen en el individuo, y el *Ich* debe desarrollarse. En cambio, las pulsiones autoeróticas están allí desde el comienzo.

Para entender esto es útil la concepción del estadio del espejo. El *Urbild*, unidad comparable al yo, se constituye en un momento determinado de la historia del sujeto, a partir del cual el yo empieza a adquirir sus funciones. El yo humano se constituye sobre el fundamento de la relación imaginaria. En el desarrollo del psiquismo aparece algo nuevo, cuya función es dar forma al narcisismo.

A continuación trataremos la utilización que debe hacerse del estadio del espejo. Estadio en que están implicados dos registros. Y, veremos que la función imaginaria no se limita a contener la pluralidad de las vivencias del individuo.

Esta separación que hace Freud permite captar la diferencia de estructura existente entre la retracción de la realidad que observamos en las neurosis y la de las psicosis.

Y nos remite a la función imaginaria. El término *Imaginaria* se refiere aquí a dos significaciones:

- a la relación del sujeto con sus identificaciones formadoras, éste es el pleno sentido del término imagen en análisis: en el desconocimiento, la negativa, la barrera que el neurótico opone a la realidad recurre a la fantasía. Hay aquí *función*, lo que nos remite al registro imaginario.

- y a la relación del sujeto con lo real, cuya característica es la de ser ilusoria, aspecto de su uso común en el lenguaje. Cuyo ejemplo sería el cambio de valor de las personas y las cosas de su entorno para el neurótico.

Freud señala que en la psicosis no sucede así. Cuando el sujeto psicótico pierde la realización de lo real no vuelve a encontrar ninguna sustitución imaginaria. Esto es lo que lo distingue del neurótico.

Pero, para seguir a Freud, como una de las conceptualizaciones más difundidas es que el sujeto delirante sueña, que está plenamente en lo imaginario, es preciso que entendamos que la función de lo imaginario no es la función de lo irreal, para comprender que Freud niega al psicótico el acceso a lo imaginario.

Esto nos introducirá a una elaboración de las relaciones entre lo imaginario y lo simbólico, puesto que es uno de los puntos sobre los que Freud fundamenta más categóricamente esta diferencia de estructura. Cuando el psicótico reconstruye su mundo, lo primero que catectiza son las palabras, por tanto, la categoría de lo simbólico.

Veremos que la estructura propia de lo psicótico podría situarse en un irreal simbólico, o en un símbolo marcado de irreal. La función de lo imaginario está en un lugar muy diferente.

Capítulo X. Los dos narcisismos.

En *Introducción al narcisismo*, Freud trata de mantener un uso bien delimitado de la noción de libido para preservar su descubrimiento: que los síntomas del neurótico revelan una forma desviada de satisfacción sexual. Teoría que se funda en el estudio de realidades humanas psicopatológicas: los fenómenos subnormales: los sueños, los lapsus, los fallos que perturban ciertas funciones llamadas superiores.

El problema que se plantea Freud en esta época es ¿cómo elaborar la estructura de las psicosis en el interior del marco de la teoría general de la libido?

Para ello Freud intenta establecer la relación que puede existir entre las pulsiones sexuales, que estaban ocultas y su análisis las revelaba, y las pulsiones del yo que no había colocado hasta entonces en primer plano.

Afirma que puede suponerse, en un estadio primitivo, la existencia de un estado de narcisismo en el que resulta imposible discernir entre las dos tendencias fundamentales: la *Sexuallibido* y las *Ich-Triebe*.

Y, ¿cuál es el soporte del instinto sexual en el plano psicológico? Es algo que tiene una estrecha relación con una imagen. En este marco debemos articular la libido del yo y la libido sexual. La pulsión libidinal está centrada en la función de lo imaginario. Lo que coincide con la teoría de los instintos

acerca de que el ciclo del comportamiento sexual en el sujeto es esencialmente engañoso. Esto es importante para elaborar la estructura de las perversiones y las neurosis.

A partir de aquí, intentaremos ahora:

- concretar las relaciones de la libido con lo imaginario y lo real, y
- resolver el problema de la función real que desempeña el ego en la economía psíquica.

Volvemos a la tónica de lo imaginario que se puede explicar por un modelo óptico. Freud explica que las instancias psíquicas fundamentales deben concebirse en su mayor parte como imágenes, virtuales o reales, producidas por el funcionamiento del aparato orgánico. Las funciones de las instancias psíquicas son diferentes, ya que una imagen real y una imagen virtual son diferentes.

Las instancias deben interpretarse mediante un esquema óptico: el florero está en la caja y el ramillete encima. El florero al reflejarse en el espejo cóncavo produce una imagen real. Si el ojo está bien colocado verá la imagen real del florero rodeando el ramillete, dándole unidad: reflejo de la unidad del cuerpo.

Para que se vea bien, y se produzca una ilusión de realidad, una ilusión real, la imagen debe cumplir que: a cada punto del objeto le corresponde un punto de la imagen, y todos los rayos provenientes de un punto deben cruzarse en un punto único en algún lado.

Para que se vea bien, también es necesario que el sujeto esté bien colocado, en cierto ángulo. Esto nos permitirá comprender las diferentes posiciones del sujeto en relación a la realidad.

Así llegamos a la cuestión de los dos narcisismos, se trata de la relación entre la constitución de la realidad y la forma del cuerpo.

Para que el ojo vea en óptimas condiciones la ilusión del florero invertido, como si estuviera al fondo de la sala, sólo hace falta que haya, en la mitad de la sala, un espejo plano. Así al colocar en mitad de la sala un espejo, desde la posición del espejo cóncavo se ve la imagen del florero tan clara como si estuviese en el fondo de la sala, aunque no la vea directamente. De forma que, en el espejo verá, primero, su propia cara, allí donde no está y, en segundo lugar, verá la imagen virtual de la imagen real.

Hablamos de dos narcisismos:

- 1) En primer lugar, un narcisismo en relación a la imagen corporal.

Esta imagen es idéntica para el conjunto de los mecanismos del sujeto y confiere su forma a su *Umwelt* (mundo).

Ella hace la unidad del sujeto, se proyecta de mil maneras, hasta en lo que podemos llamar la fuente imaginaria del simbolismo, que es aquello a través de lo cual el simbolismo se enlaza con el sentimiento, (*Selbstgefühl*) que el ser humano (*mensch*) tiene de su propio cuerpo.

Se situaría a nivel de la imagen real del esquema. Imagen que permite organizar el conjunto de la realidad en cierto número de marcos preformados.

2) El segundo narcisismo se introduce, en el hombre, por la reflexión en el espejo plano. Su modelo fundamental es de inmediato la relación con el otro.

El otro tiene para el hombre un valor cautivador, por la anticipación que representa la imagen unitaria tal como es percibida en el espejo, o en la realidad del semejante.

El otro se confunde, más o menos, según las etapas de la vida, con el *Ich-Ideal*, con el ideal del yo de Freud.

La identificación narcisista, la del segundo narcisismo, es la identificación al otro que, en el caso normal, permite al hombre situar con precisión su relación imaginaria y libidinal con el mundo en general.

Esto es lo que le permite *ver* en su lugar, y estructurar su ser (libidinal) en función de ese lugar y de su mundo.

El sujeto ve su ser en una reflexión en relación al otro, es decir en relación al *Ich-Ideal*.

Observemos que es preciso diferenciar las funciones del yo:

1. por una parte, desempeña un papel fundamental en la estructuración de la realidad, tanto para el hombre como para todo animal, y,
2. por otra parte, en el hombre, debe pasar por esa alienación fundamental que constituye la imagen reflejada de sí mismo (*Ur-Ich*); forma originaria tanto del *Ich-Ideal* como de la relación con el otro.

Este segundo elemento del esquema, la relación reflexiva con el otro, permitirá situar las cuestiones clínicas que plantea la función de lo imaginario, y en particular las cargas libidinales.

Capítulo XI. Ideal del yo y Yo-ideal.

Texto: Introducción al narcisismo.

El narcisismo del niño se constituye a través de lo que sus padres le proyectan como ideal.

La formación de un ideal sería, por parte del yo, la condición de la represión.

El narcisismo se desplaza sobre este nuevo yo ideal, "perfecto". A este yo ideal se consagra el amor ególatra de que en la niñez era objeto el yo real. Intenta conquistar de nuevo la perfección de su niñez bajo la nueva forma de su ideal del yo. Esta nueva forma de su ideal del yo es lo que el sujeto proyecta delante de sí como su ideal.

Y distingue entre:

- la formación del ideal (idealización): que concierne al objeto que es agrandado, elevado, sin modificaciones en su naturaleza. Se puede dar tanto en el dominio de la libido del yo como en el de la libido objetal.
- La sublimación: es un proceso de la libido objetal.

La formación del ideal del yo aumenta las exigencias del yo y favorece al máximo la represión.

El yo ideal está en el plano de lo imaginario.

El ideal del yo en el plano de lo simbólico, ya que encuentra su lugar en el conjunto de las exigencias de la ley.

Hipotetiza sobre la existencia de una instancia psíquica encargada de velar por la satisfacción que se desprende del ideal del yo, que nos conducirá al superyó, que identifica con la censura.

El sentimiento de sí tiene tres orígenes:

- La satisfacción narcisista primaria,
- La satisfacción del deseo de omnipotencia, y
- La gratificación recibida de los objetos de amor.

El desarrollo del yo consiste en un alejamiento del narcisismo primario y crea una intensa tendencia a reconquistarlo: la libido se desplaza del yo a un ideal del yo impuesto desde el exterior, y la satisfacción es proporcionada por el cumplimiento de este ideal, y vuelve después a su posición primitiva. Este movimiento es la imagen del desarrollo, la estructuración: en la unión de lo imaginario y lo simbólico; allí donde se desarrolla toda la experiencia analítica.

¿Cómo es este desplazamiento de la libido sobre un ideal?

En el comportamiento sexual del pión encontramos la conjunción de la libido objetal y la libido narcisística, todo el ciclo está dominado por lo imaginario.

En el hombre, esta imagen podría ser el yo ideal, la imagen real que puede insertarse en el mundo de los objetos reales y aportar a estos objetos reales una ordenación imaginaria, incluirlos, excluirlos, etc.

Pero en las manifestaciones de la función sexual del hombre esa imagen, yo ideal, en la neurosis y la perversión, presenta una inadaptación: la imagen y su objeto normal no coinciden.

Para cumplir la función de adecuación entre lo imaginario y lo real debe intervenir la función del otro humano.

Volvemos al aparato óptico para explicar lo que se produce en el hombre: el sujeto está situado en el borde del espejo esférico, pero la visión de una imagen en el espejo plano es equivalente, para el sujeto, a lo que sería la imagen del objeto real para un espectador que estuviese más allá de ese espejo, en el lugar en que el sujeto ve su imagen. Así, estando colocado en un punto muy cercano a la imagen real, puede vérsela en un espejo en estado de imagen virtual.

El resultado es que, el sujeto virtual, el otro que somos, está donde primero hemos visto a nuestro ego: fuera nuestro, en la forma humana. Sólo ve su forma realizada, total, fuera de sí mismo.

La imagen que el sujeto ve en el espejo depende de su posición en relación a la imagen real. Y depende de la inclinación del espejo veremos mejor o peor la imagen. Diríamos que esta inclinación está dirigida por la voz del otro: por la relación simbólica. Esto se realiza después del estadio del espejo, en la relación con el otro en su conjunto: la relación simbólica.

La palabra, la función simbólica, define el mayor o menor grado de perfección, de completitud, de lo imaginario.

La distinción se efectúa en esta representación entre yo ideal e ideal del yo.

El ideal del yo dirige el juego de relaciones de la que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria.

Si cambiamos el espejo por un vidrio vemos las imágenes y los objetos a la vez. De esto se trata cuando hablamos de realidad oral, anal, genital. Hablamos de las imágenes del cuerpo humano, y de la percepción del mundo en función de imágenes ligadas a la estructuración del cuerpo.

Los objetos reales están en el mismo lugar que el objeto imaginario.

Lo propio de la imagen es la carga por la libido, aquello por lo que un objeto deviene deseable, es decir, se confunde con esa imagen que llevamos en nosotros, de forma más o menos estructurada.

Según la inclinación del espejo, la imagen en el espejo esférico se ve mejor o peor, en el centro o en los bordes. Incluso se puede modificar: pasar de

boca a falo. Para ello es necesaria la dimensión simbólica. Esto es lo que busca el análisis.

¿Cuál es mi posición en la estructuración imaginaria? Para que se produzca la regulación de la dimensión imaginaria, se necesita un guía a nivel del plano simbólico, a través del intercambio verbal, entre humanos. Ese guía es el ideal del yo.

Esta distinción nos permite entender lo que ocurre en el análisis en el plano imaginario, que se llama transferencia.

Para captarla hay que comprender que es la Verliebtheit, el amor. Que es un fenómeno que ocurre a nivel de lo imaginario, y que provoca una especie de anulación de lo simbólico; de la función del ideal del yo.

El ideal del yo, es el otro en tanto hablante, y puede llegar a situarse en el mundo de los objetos a nivel del yo ideal, o sea, en el nivel donde puede producirse esa captación narcisística. Cuando esto se produce no hay regulación posible del aparato.

¿Cómo se produce la transferencia en los neuróticos? ¿Cómo la función de la transferencia nos permite hacer intervenir la función imaginaria del yo ideal?

Capítulo XII. Zeitlich-Entwicklungsgeschichte.

Si el objeto real, las flores, representa el objeto real del animal, entonces la imagen real del vaso de flores representa la estructura imaginaria reflejada de esa estructura real.

Para el hombre no sucede así. En el momento en que el sujeto hace de su propia imagen en el espejo una captación anticipada del dominio de su cuerpo se produce el desprendimiento del hombre respecto a su libido del yo. Esta hiancia produce una diferencia radical entre la satisfacción de un deseo y la carrera hacia la culminación del deseo. El deseo es captado en el otro, de forma confusa.

El sujeto reconoce su deseo por intermedio de su propia imagen y del cuerpo de su semejante. Y en ese momento aparece la conciencia de sí. Es porque su deseo ha pasado del otro lado que él se asimila al cuerpo del otro, y se reconoce como cuerpo.

De entrada, el hombre lo que reconoce y fija en esa imagen del otro es un deseo fragmentado. El aparente dominio de la imagen del espejo, es un dominio ideal, yo ideal.

Ve a su cuerpo como deseo despedazado buscándose y como ideal de sí, y a la vez, ve al otro como cuerpo perfecto.

Lo real está más acá del espejo y más allá está el imaginario primitivo que introduce la dimensión del instinto de muerte que atenta contra la madurez de la libido, contra la adecuación de la realidad a lo imaginario.

Si inclinamos el espejo, sin que la imagen real se mueva, la imagen que el sujeto verá en este espejo, pasará de una forma de boca a una forma de falo, o de un deseo más o menos completo a este deseo despedazado. O sea, que permite mostrar lo que Freud pensó, que hay correlaciones posibles entre la noción de regresión tópica y regresión "temporal- de la historia del desarrollo".

El sujeto adquiere conciencia de su deseo en el otro, por medio de la imagen del otro, que le proporciona la captación anticipada de su propio dominio. El momento en que el hombre deviene humano, es cuando entra en la relación simbólica. Que introduce un tercer elemento de mediación, que sitúa a los dos personajes, los hace pasar de un plano a otro y los modifica.

La relación dual es trascendida por la relación con el otro, por la función del lenguaje, en tanto éste está ligado a la regla, la ley. Esta ley crea algo nuevo. La intervención de las relaciones de lenguaje producirá los virajes del espejo que presentaran al sujeto, en el otro, diferentes figuras de su deseo. Hay conexión entre la dimensión imaginaria y el simbólico, en la medida en que en él se inscribe la historia del sujeto, o sea aquello en lo que el sujeto se reconoce, desde el porvenir al pasado.

Todos los seres humanos participan en el universo de los símbolos. En función de la constitución simbólica de su historia, se producen esas variaciones en las imágenes de sí mismo.

En el preconscious y en el inconsciente están en juego ciertas imposibilidades ligadas a la inscripción del sujeto en la historia de su desarrollo. Debido a determinadas particularidades de la historia del sujeto ciertas fases de la imagen real nunca podrán darse en la imagen virtual, eso es el inconsciente.

El inconsciente es algo negativo, casi real, que gracias al progreso simbólico en el análisis habrá sido.

La represión se produce mucho después de la fijación. El retorno de lo reprimido no viene del pasado, sino del porvenir.

El síntoma se nos presenta primero como una huella que permanecerá incomprendida hasta que, a través de su realización simbólica, su integración en la historia del sujeto, se comprenda su sentido.